



Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

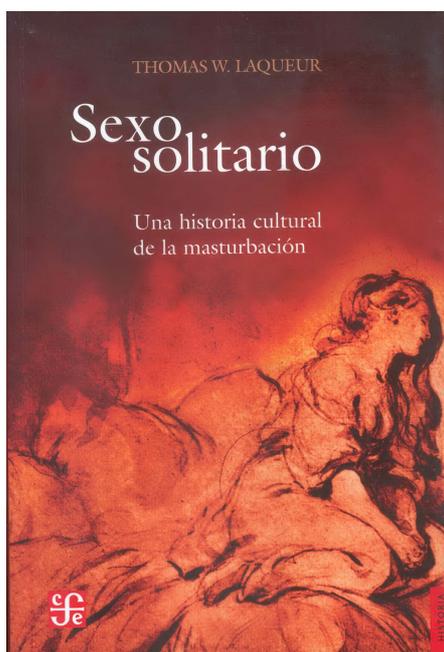
Año 3, N° 5- Rosario- Argentina, Octubre de 2010

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 4-8

LAQUEUR, Thomas W., *Sexo Solitario. Una historia cultural de la masturbación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, 503 págs. ISBN 978-950-557-645-6

Guido Vespucci<sup>1</sup>

Universidad Nacional de Mar del Plata/CONICET



Alrededor de 1712, en las cafeterías de la Grub Street de Londres, apareció un tratado anónimo intitulado *Onania; o, El atroz pecado de la autopolución y sus terribles consecuencias, indagado en ambos sexos, con consejos espirituales y físicos para aquellos que se han dañado con esta abominable práctica*. Allí comenzaba la compleja historia cultural de la masturbación que Thomas Laqueur nos propone en *Sexo solitario*... con seguridad, la obra más completa que se haya escrito sobre el tema en las ciencias sociales. Entre los objetivos de *Onania* —cuyo autor Laqueur logra identificar como John Marten, un prestigioso cirujano que escribía pornografía médica *soft*— no sólo estaba el de brindar consejos espirituales y físicos, sino estimular también el consumo de una serie de pociones a la venta destinadas a la cura de aquella nueva “enfermedad”. He ahí una de las claves inmediatas sobre las condiciones de emergencia de la angustia por la masturbación, por la cual “*sin un explosivo comercio de libros y medicamentos, y sin un interés en las ganancias, el onanismo, tal como lo conocemos, no hubiera existido*” (pág. 27).

Pero condiciones de emergencia no es igual a razones profundas, y es a partir de las segundas donde se puede advertir la gran apuesta de Laqueur, cuyo motor es el interrogante: ¿por qué la masturbación se convirtió en un acuciante problema?, más precisamente, ¿por qué en 1712 o alrededor de esa fecha (en los albores del Iluminismo) la masturbación pasó de un distante horizonte moral a un lugar preeminentemente ético? La organización del libro plantea cierto suspenso, porque antes de acceder a la respuesta de Laqueur, el lector tendrá que recorrer cientos de páginas acerca de la emergencia y desarrollo del fenómeno, que podríamos resumir en cómo apenas un (in)significante acto solitario devino en una erupción de múltiples significados históricos.

En efecto, primero tenemos “El comienzo” y “La expansión de la masturbación de *Onania* a la Web”, capítulos (I y II respectivamente) en los que Laqueur prueba el peso histórico de la preocupación por la masturbación en las sociedades occidentales modernas, con

<sup>1</sup> Grupo de Estudios sobre Familia, Género y Subjetividades. Becario doctoral del CONICET.

fuentes relativas a Europa y Estados Unidos. En primer lugar, mediante el viaje geográfico y social de *Onania* desde el barrio literario de Grub Street hasta su ingreso en las más prestigiosas *Enciclopedias* de la alta cultura Europea. En ese pasaje, *Onania* fue visualizado cada vez más como un “*pastiche de medicina charlatana*” frente al erudito tratado de uno de los más reconocidos médicos del siglo XVIII, *L’Onanisme* de Tissot. El interés de esta obra en los filósofos iluministas (Voltaire, Rousseau, Kant, entre otros) muestra la articulación de los dos frentes desde donde se abordó la masturbación: como problema físico y ético. Desde el discurso médico se le atribuyeron un sinnúmero de insanías, como tuberculosis, dolencias en el cerebro, epilepsia, agotamiento muscular, y la vasta lista continúa hasta la propia muerte. Para el círculo de filósofos ilustrados representó, además de posibles trastornos orgánicos, la muestra de un desprecio a la sociabilidad, así como la obstrucción de las virtudes éticas. Para Kant, por ejemplo, constituía un acto de locura moral, peor que el suicidio, una negación de todo lo que debe ser un sujeto ético. De manera que el riesgo intrínseco de la masturbación estaba en su componente autárquico, sin necesitar de nadie ni de nada, el masturbador se entregaba a una libertad sin límites, incentivada por la *imaginación* y no por naturales estímulos. He ahí su peligrosa *anti-naturalidad* para el pensamiento iluminista.

Para evitar este solipsismo destructivo se ejecutaron campañas pedagógicas para alertar a padres y maestros. Un arsenal tecnológico fue puesto en acción para facilitar la vigilancia: alarmas de erección, cápsulas para el pene, trabas para evitar que los jóvenes abrieran las piernas, etc. Este tipo de intervenciones, y otras de índole discursiva, evidenciaban que “*el vicio privado se había vuelto una cuestión fundamental de la política pública en cualquier sitio en que la ciencia fuera movilizad para la competencia entre Estados*” (pág. 62-63). Estamos ya en los albores del siglo XX de la mano de las políticas eugenésicas y sus ideales en torno a la higiene sexual, ideales que el onanismo venía a impedir. Laqueur identifica aquí un cambio de registro. El extenso y variado espectro de enfermedades que se le atribuían a la masturbación comenzaba a menguar, pero la misma siguió constituyendo una preocupación moral, lo que implica para nuestro autor un claro indicio respecto a que el discurso médico no es la última llave explicativa sino un perfecto ejemplo de un problema más general.

Durante la transición al siglo XX, y hasta mediados del mismo, Laqueur analiza otro gran foco de producción de significados sobre la masturbación: los “*saberes psi*” (en terminología foucaultiana). Las referencias principales son aquí las obras de Krafft-Ebing, Havelock Ellis y Freud, entre otras. “*En toda esa literatura la masturbación ya no era mortal; tampoco era principalmente una enfermedad. Se convertía, durante cierta etapa de la vida de una persona, en una anormalidad, en un sustituto antinatural de la sexualidad adulta normal*” (pág. 445). Ergo, el vicio secreto ganaba un peldaño de legitimidad en su espinoso derrotero, ya que si bien era patológico en la adultez, síntoma de una interrupción o inmadurez del desarrollo sexual normal, se naturalizaba bajo la categoría freudiana de “*autoerotismo infantil*”. Más normal aún se volvió ante los resultados del informe Kinsey a fines de los años cuarenta. De hecho, los estudios del *Institute for Sexual Research* mostraban que “*lo que se había considerado una práctica sospechosa e incluso perversa era parte de una compleja gradación de actividades sexuales*” (pág. 90). Alternativamente a esta era posfreudiana, a mediados de los sesenta aparecía *Respuesta Sexual Humana* de W. Masters y V. Johnson, que si bien no tenía la intención explícita de rehabilitar la masturbación, tuvo ese efecto social, sobre todo en el pensamiento feminista inmediatamente posterior, ya que estos sexólogos modernos desmentían el planteo de Freud de que la sexualidad clitoriana, y con ella la masturbación, fueran abandonadas por las mujeres adultas. Si no reemplazar la penetración por la masturbación, sus terapias orgasmológicas proponían incorporarla para ayudar a las mujeres en sus relaciones heterosexuales. Implícitamente, el mensaje suponía la automanipulación como receta para una sexualidad exitosa. A partir de estos fundamentos, los movimientos feministas y gay-lésbicos elevaron la masturbación a principio de libertad y de autonomía frente a la represión sexual del *status quo*. Se operaba así un salto cualitativo desde su histórica zona de abyección hacia territorios de reivindicación política.

Por último, desde fines del siglo XX, sin connotaciones clínicas y menos abiertamente político, el vicio solitario se convierte en un punto nodal de una cultura hedonista en la que autocumplirse es sinónimo de autoconocimiento y bienestar espiritual. Sexshops, revistas y películas pornográficas, y cientos de sitios en Internet, vienen conformando hasta hoy un nutrido mercado en el que se promueve la masturbación de manera deliberada, y con ganancias extraordinarias. A pesar de las mutaciones en los significados de la masturbación, las condiciones de emergencia que hicieron posible a *Onania* no han desaparecido, sino que se han reforzado.

Todo lo relativo al siglo XX será retomado con mayor detalle por Laqueur en el último capítulo del libro (“El sexo solitario en el siglo XX”). Pero al salir del capítulo II, todavía no ha sido respondida la pregunta central referida a por qué la masturbación se convirtió en un gran problema. Y el suspenso continúa, porque en el siguiente capítulo el autor se interna en un recorrido histórico sobre “La masturbación antes de *Onania*”. Además del interés histórico, este tercer capítulo cumple una función estratégica en la obra, puesto que representa un espejo invertido ante su tesis: “*al mostrar cuán poco importaba el sexo con uno mismo antes del Iluminismo, pretendo sugerir por qué se volvió tan importante después*” (pág.101). Por ejemplo, para la antigüedad clásica tan sólo se advierten poemas satíricos y representaciones pictóricas que no van mucho más allá de “*bromas groseras y otras alusiones vulgares*” (pág. 240). Para la teología cristiana no pasa de ser un tema lateral frente a otros pecados contra natura que atentaban contra el matrimonio o el celibato de los clérigos: fornicación, adulterio, incesto, sodomía, bestialismo. En síntesis, y obviando minucias, en vísperas de *Onania* nada hacía prever el estallido de discursos que alertaron sobre el peligro de la masturbación.

En el capítulo IV (“El problema con la masturbación”) Laqueur revisa un conjunto de posibles hipótesis y problemas asociados con la masturbación que no alcanzan el estatuto explicativo necesario para desentrañar la obsesión por el sexo solitario. En esa constelación de problemas, se descarta en primer lugar que se trate de un factor cuantitativo: más masturbación, ergo, mayor preocupación. Aquí Laqueur discute con algunos clásicos historiadores de la familia y la sexualidad como E. Shorter y J. L. Flandrin. Ya sea que hubiera más masturbación por las facultades liberadoras de la Revolución Industrial (Shorter), o por un efecto de sustitución sexual en el que la represión de ciertas conductas eróticas se canalizaron en la masturbación (Flandrin), para Laqueur son explicaciones fuera de contexto ya que los contemporáneos no tenían forma de saber el aumento de la incidencia masturbatoria, si es que existió, y de hecho ninguno planteó que hubiera más que antes.

Tampoco se trataba del ataque a la masturbación como parte de un ataque al placer sexual *per se*. “*Ni los médicos del Iluminismo ni los pedagogos y moralistas que se ocuparon de la causa compartían la larga y profunda sospecha de la Iglesia hacia los placeres de la carne*” (pág. 226). Al contrario, se exaltaba el amor sexual del matrimonio. El problema con el sexo solitario no era que consistiera en una especie de placer sino que no lo era. Su *antinaturalidad* no radicó en “*estar por fuera de los fines de la procreación*” sino en su *artificialidad*, como falso placer o perversión de lo real. Simétricamente, no se trata de un peligro demográfico ya que Laqueur detecta la preocupación por el onanismo tanto en los discursos pro-natalistas como en los que promovían el control de la natalidad.

Por otro lado, habiéndose considerado al semen como “*uno de los más preciosos fluidos*” para el correcto funcionamiento orgánico, el neohumoralismo (o teoría fisiológica del equilibrio de los fluidos) podría dar cuenta de la relación entre el acto masturbatorio y la preocupación por la pérdida seminal, funcionando a la vez como metáfora del temor a la escasez de un conjunto de provisiones vitales (semen, dinero, energía, etc.). Pero Laqueur resalta aquí que el problema de la masturbación nació en un momento en que la abundancia prometía reemplazar a la pobreza. Además de ello, la teoría neohumoralista de la pérdida seminal era demasiado estrecha para la extensión de lo que fue el problema masturbatorio, que incluía a niños y mujeres, para quienes ésta pérdida es nula o irrelevante. En términos médicos, mucho

más cercano del problema está la fisiología de la irritabilidad y el interés por los nervios, ya que para Laqueur la relación que se guarda allí entre el mundo exterior e interior (vehiculizada por los sentidos que estimulan a su vez los nervios) expresa mejor el substrato conflictivo respecto del preocupante ajuste entre lo real y lo perversamente imaginado. He ahí el peligro del colapso nervioso como producto de una sobreestimulación desgajada de la realidad natural y fundada en la imaginación. Sin embargo, en sentido estricto ninguna filosofía médica brinda una respuesta exacta a la angustia por la masturbación.

Finalmente llegamos a la explicación del autor en el capítulo V (“Por qué la masturbación se convirtió en un problema”). Laqueur señala tres elementos problemáticos que convirtieron al sexo solitario en una horrenda práctica antinatural. El primero es que no era motivada por un real objeto de deseo sino por una fantasía. El segundo es que mientras cualquier tipo de acto sexual era social, la masturbación era privada. Y el tercero es que a diferencia de otros apetitos, la urgencia por masturbarse no podía ser saciada ni moderada. En forma resumida: *imaginación, privacidad y soledad, exceso y adicción*. La masturbación se volvió un problema cuando estos elementos emergían novedosamente para formar el engranaje de la moderna sociedad burguesa: “*todos los elementos de lo que estaba tan terriblemente mal en la masturbación eran en sí ampliamente valorados, elogiados y discutidos*” (pág. 332). En efecto, nunca antes se había estado tan cerca de un orden social en el que el ideal de abundancia estuviera al alcance de la mano, en el que se declarara inalienable el espacio individual y privado, en el que se estimularan las fantasías a través de la lectura solitaria. Una prolífica economía comercial surgía para multiplicar los objetos de consumo y de deseo, ofreciendo créditos para acceder a sueños de lujos y refinamiento. Entonces surgieron las polémicas y los miedos en torno del exceso, el límite del lujo y de la fantasía. El crédito ponía en entredicho los sólidos fundamentos del dinero, el intercambio y el valor. Se presentaba el dilema de cómo reconciliar el bien privado y el bien público, expresado tanto en *L’Onanisme* de Tissot como en *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, ambos contemporáneos. En síntesis, se instalaba un problema ético vinculado a la manera de generar un nuevo orden moral capaz de regular los deseos, los lujos y las gratificaciones, pero ya no bajo pesados controles externos sino sobre la base del autogobierno de los sujetos.

En el contexto del desenfreno por el beneficio privado, la masturbación se condensó como una amenaza de implosión de la sociedad. Su historia es la de “*una batalla que se librará una y otra vez dondquiera que la libertad individual amenace con disolverse en anarquía social*” (pág. 320). Si al sexo solitario se lo llegó a vincular con una serie de trastornos mentales, es porque representaba la sospecha de que el vertiginoso orden económico social naciente podía transformarse en un incontrolable simulacro. De hecho, la masturbación se convirtió en el perfecto ejemplo de simulacro, una práctica sin referente, desligada de cualquier principio de realidad, y para colmo, lo que la volvía más exasperante y desestabilizadora, era que se ejecutaba como acto solitario y secreto.

De manera que los mismos principios que la moderna sociedad burguesa levantaba con optimismo, la masturbación los devolvía cual espejo siniestro en el que se reflejaban de forma invertida: el deseo de ganancias en estéril despilfarro, la libertad de la privacidad en amenaza de disolución social, el placer de bienestar en solipsismo autodestructivo. No cabe duda de la sutileza de una explicación semejante, la cual refleja el arduo trabajo historiográfico de Thomas Laqueur en la revisión de un amplísimo caudal de fuentes y en su lectura incisiva de las mismas.

Sobre la base de este profundo conocimiento es que puede ofrecer un contrapunto con quien de seguro goza actualmente del mayor prestigio en materia de estudios de la sexualidad, Michel Foucault. En efecto, a Laqueur no le tiembla el pulso para cambiar el registro de la interpretación foucaultiana, si no de la misma sexualidad, al menos sí de la masturbación. Hay dos razones para ello, una de orden cronológica y otra de orden conceptual. Respecto a la primera, Laqueur sostiene que la masturbación no forma parte de lo que Foucault llamó *scientia sexualis*, simplemente porque aquella nació un siglo antes. Así, la “*pedagogización del sexo del*

niño” (que en Foucault remite al onanismo) no se inscribiría *junto* a los otros dominios de disciplinamiento que éste señala —la “*histerización del cuerpo de la mujer*”, la “*socialización de las conductas procreadoras*”, y la “*psiquiatrización del placer perverso*”— sino en forma anticipada, por lo que Laqueur concluye que “*el problema de la masturbación se abría camino (...) durante el siglo XVIII, antes que existiera la “sexualidad”*” (pág. 329)<sup>2</sup>. Y esto remite a un problema de orden conceptual. Sin negar el efecto performativo de la *scientia sexualis*, Laqueur considera, como hemos visto, que los discursos y tecnologías del campo médico-pedagógico respecto a la masturbación, no fueron la causa sino la expresión de un problema mayor. En palabras del autor: “*no creo que sea totalmente cierta esa visión general, explícita en el primer volumen de la historia de la sexualidad de Foucault, de cómo se crearon las subjetividades modernas con la incitación al deseo y luego su dominación por medio de nuevas tecnologías del poder. Y esto porque la historia política -o al menos la que se focaliza en el “ser moderno” y no en cómo se ejerce el poder- es un aspecto de otra más acuciante: la historia de la unidad entre cultura comercial y sociedad civil*” (pág. 327)<sup>3</sup>. Aquí ingresan los elementos ya analizados, imaginación, privacidad, abundancia, principios de funcionamiento de un nuevo orden social que el sexo solitario era capaz de adular al extremo, constituyéndose así en razón suficiente para convertirse en “*una especie de Satán para las glorias de la civilización burguesa*” (pág. 332). ¿Dos vías explicativas irreconciliables? El lector deberá sacar sus propias conclusiones.

Lo que está claro es que para Laqueur el vicio privado es el pecado de una época que creó la idea de sociedad como intermediaria entre el Estado y el individuo, y de una economía que dependía del deseo de tener cada vez más. Lo que hemos visto para el siglo XX, no es otra cosa que la paulatina inversión valorativa de su significado, pero bajo principios económicos y culturales semejantes o aún más radicalizados, cual modernidad “desbordada”, “líquida”, “reflexiva”, o como guste llamarla.

Palabras clave: masturbación – modernidad – historia cultural

Key words: masturbation – modernity – cultural history

---

<sup>2</sup> El resaltado es mío.

<sup>3</sup> Desde mi punto de vista, el contrapunto es más rico en términos conceptuales que cronológicos, aunque Laqueur haga depender lo primero de lo segundo. Revisando los trabajos de Foucault sobre el tema, podemos coincidir en que es poco preciso en su cronología ya que oscila entre el siglo XVIII y el XIX para plantear el problema de la masturbación. Según qué trabajo o pasaje se tome, aparece el acento en el transcurso de uno u otro siglo. Pero el dilema cronológico se minimiza, a mi criterio, si tenemos en cuenta que precisamente Foucault veía en la preocupación por la masturbación infantil uno de los focos (junto al del “monstruo humano” y el “individuo a corregir”) para detectar la génesis del campo de las anomalías, esta sí, cristalizada sin dudas durante el siglo XIX. En otras palabras, no es que Foucault desconociera la precoz temporalidad del fenómeno -en efecto, en la clase del 5 de marzo de 1975 que integra la compilación *Los anormales*, Foucault menciona el tratado *Onania* (aunque con una diferencia de una década, entre 1720-1725)- sino que su mirada es diferente a la del historiador clásico preocupado por precisar una fecha (como se ve en el análisis de Laqueur respecto al origen de *Onania*), es, en cambio, una *mirada genealógica del presente*. En rigor de verdad, Foucault no estaba interesado por el fenómeno de la masturbación en sí mismo, como Laqueur, sino como instrumento analítico para explicar la etiología sexual de las sociedades disciplinarias. Quizás así se vuelvan comprensibles ciertos descuidos y contradicciones en su cronología, aspectos que Laqueur no dejó escapar. Para un análisis de la distinción entre historiografía y genealogía del presente, véase Robert Castel, “Presente y genealogía del presente. Pensar el cambio de una forma no evolucionista”, en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, N° 47, junio-julio-agosto de 2001. Para las distintas referencias de Foucault sobre la masturbación pueden consultarse: *Historia de la sexualidad*, Tomo I, cap. IV, apartado III, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; “Clase del 22 de enero de 1975”, “Clase del 5 de marzo de 1975” y “Clase del 12 de marzo de 1975, en *Los anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.